

Eco-masculinidades. Los hombres y la violencia contra el medio ambiente

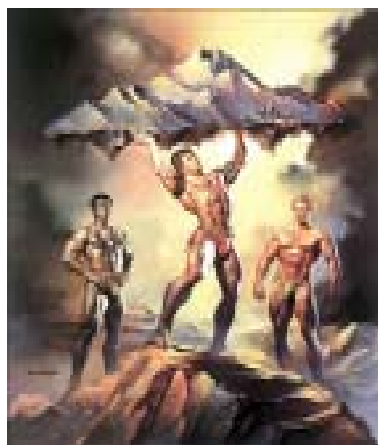
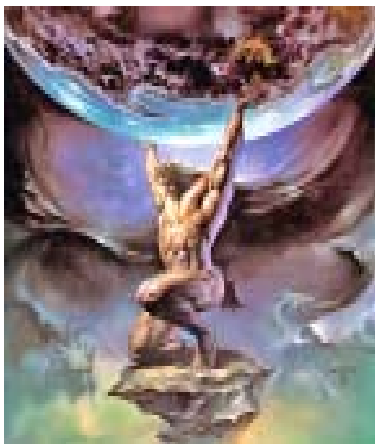
Raydel Romero Cabo

Licenciado en Historia y coordinador de Proyectos.
Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo
Romero. proyecto@enet.cu

*¿Por qué los hombres descubrieron el fuego?
Porque lo llevaban dentro.*

MAHMUD FATHI

Hace ya algún tiempo que nuestros medios de comunicación se hacen eco de la problemática medioambiental por la que estamos transitando. Cambios climatológicos y estaciones desfasadas, que ya casi hacen imposible determinar el período del año en que se producen estas. En el invierno podemos levantarnos en la mañana con el abrigo a cierre completo y al mediodía no saber qué hacer con este por el insoportable calor que se nos viene encima. Imaginemos por un momento si, como nuestros antepasados, los hombres tuviéramos que usar aquellos trajes y camisas del siglo XVIII y, las mujeres, voluptuosos vestidos largos. Pienso que, en ese caso, la mayor tasa de mortalidad del país tendría como causa la asfixia o la deshidratación. Los científicos advierten que pasarán menos de cincuenta años para que la cuenta regresiva de la Pacha Mama nos toque a la puerta, aunque para algunos incrédulos esto sea cosa de ciencia ficción.



En el boletín *Compartir* número uno, se publicó el artículo "Un nuevo siglo, un nuevo hombre", de mi colega teólogo Luis Carlos Marrero, en el cual, desde su saber, nos alerta de la importancia que tiene el vínculo del tema medioambiental con las ciencias del hombre. Las ciencias sociales aún siguen considerando al hombre y a la mujer como los seres omnipresentes y omnipotentes de nuestra era, que precisamente no está "pariendo un corazón" –como se refiriera en una de sus canciones nuestro célebre cantautor Silvio Rodríguez–, sino que pare seres menos conscientes y más violentos con el entorno.

Desde la experiencia que me han otorgado los estudios de género, en especial los de masculinidades, junto con los talleres realizados sobre la temática de la violencia, he podido apreciar el gran vacío relacional entre la problemática social, que de igual forma nos afecta, y el vínculo del ser humano con el medio ambiente. Los estudios de masculinidades realizados hasta el momento, se han centrado en el varón y sus relaciones inter e intragenéricas, pero han descuidado la acción de este sobre el medio que lo rodea. Las construcciones sociales están determinadas por el entorno en que se desarrolla la persona, y donde el clima y los espacios geográficos también condicionan el *opus* cognitivo de la conciencia social.

"Los seres humanos debemos ser pensados y vividos como parte de la naturaleza y no como algo diferente de ella",¹ motivo por el cual precisamos rediseñar el trabajo con grupos de hombres. La conducta de estos, como seres sociales, está condicionada por el medio en que viven, la sociedad, la cultura, el momento histórico y sus experiencias de vida. Las masculinidades deben ser estudiadas también no solo para propiciar nuevas formas de ser vividas (menos nocivas y más comprometidas con los cambios en las relaciones

genéricas), sino también para incentivar en ese hombre una práctica transformadora "para bien" de su medio ambiente.



Los constructos masculinos patriarcales no solo han atentado contra la estabilidad emocional de hombres y mujeres, sino que también lo han hecho contra su salud y la del medio en que se desarrollan.

En los orígenes de la humanidad, los hombres, por su condición genérica, no fueron preparados para preocuparse por el medio ambiente. El cuidado de la flora y la fauna recayó en las mujeres, a partir del supuesto de que por su fragilidad con respecto a ellos debían encargarse del cuidado de las cosas "menos importantes". Todo hombre que de alguna forma tuviera inclinaciones a la preservación y el cuidado del medio ambiente,

incumplía los cánones propios de la masculinidad. De ese modo, a mediados del siglo XVIII, los que decidieron dedicar sus estudios científicos al conocimiento de la naturaleza, fueron considerados como débiles. Las mujeres, al jardín y al patio; los hombres, a sustentar y a matar. Resulta aún tan difícil para el hombre cargar esta estereotipada cruz, que no tiene conciencia de que sus actos violentos le propician su futura extinción.

Difícil es la tarea de recuperar en los hombres la memoria histórica de civilizaciones devastadas por la desmesura: Creta incendiada, Troya destruida, Atlántida borrada de un soplo...

Vivimos bajo un régimen de catástrofe permanente en el que los cortes con el pasado se suceden de tan de prisa [...] que no queda en pie ni siquiera una ruina en la que experimentar la antigüedad del mundo y la profundidad del tiempo [...] Una catástrofe solo lo es verdaderamente si se interrumpe el hilo de la memoria, si se atenta contra el espacio a la par que contra el tiempo, si destruye por igual a los hombres y los itinerarios –de hierro y caña– que los sostiene [...] La catástrofe es, sobre todo, el imperio del olvido.²

¹ Luis Carlos Marrero, "Un nuevo siglo, un nuevo hombre", *Compartir*, no.1, 2009, p. 8.

² Santiago Alba Rico, *La ciudad intangible: ensayo sobre el fin del neolítico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 20. ■